

BIBLIOGRAFICAS

EL PRECIO DE LA HISTORIA Y OTROS TEXTOS POLITICOS

Armando Rojas (*)

Simón Alberto Consalvi, no necesita presentación. El lugar común aquí deja de serlo. El nombre de Consalvi ya está en la historia. El cardenal Hercule Consalvi, secretario de Estado de Pío VII y representante del Vaticano en el Congreso de Viena de 1810, fue junto con Meternich, una de las figuras más brillantes de aquel memorable cónclave. Napoleón se encontraba en Viena y al parecer le gustaba gastarles bromas a sus amigos. Conocía bien la capacidad de negociación del purpurado, un día le dijo: "*gli italiani sono tuti ladri*", el Cardenal le respondió de inmediato: "*non tuti ma bona parti*".

Claro está que los méritos de nuestro académico no derivan de su apellido, pues esta es una circunstancia fortuita que en el ajedrez de la vida, ni quita ni pone rey; sus méritos derivan de su obra como político, diplomático y sobre todo escritor de prosa limpia, precisa y que siempre encierra conceptos claros y densos. Pero no quiero comenzar estas palabras que el Director tuvo a bien encargarme, en nombre de la Academia Nacional de la Historia, para presentar el más reciente libro de Simón Alberto, porque si empiezo con elogios me va a tocar terminar con críticas. Si hubiera alguna que esté fuera de lugar en mis palabras debería interpretarse más como flaquezas de la inteligencia que como desmayos de la voluntad.

Y ahora vamos al título del libro: **El precio de la historia y otros textos políticos**, había leído antes títulos como: **El fin de la historia**, **Horror de la historia**, **En busca de la historia** etc., éste de Consalvi me llamó la atención. Busqué en la nota introductoria alguna explicación pero no la encontré, creo que el autor hizo bien, pues si se hubiera embarcado en esta tarea habría escrito muchas cuartillas y no hubiera aclarado nada, porque creyó la historia no tiene precio. Si algún precio pudiese atribuírsele a la historia sería el de aque-

(*) Individuo de Numero. Sillón Letra "X". Segundo Vicedirector de la Academia Nacional de la Historia.

llos 30 denarios de plata que recibió el más execrable traidor de todos los tiempos, al entregar a la muerte al hombre más importante que ha pisado la tierra y cuyo mensaje dividió la historia en dos partes, antes y después de Cristo.

El hombre es el sujeto de la historia. Quiero decir el más importante y como el hombre es un complejo tejido en el que lo sorprendente, lo absurdo, lo irracional, lo cruel y tantas otras cosas que no terminaríamos de nombrar, la historia forzosamente no puede ser sino el reflejo de esta compleja realidad.

Cuando se termina de leer el libro, uno entiende el porqué del título; desde luego si se acoge a la premisa de que la parte oscura siempre ha predominado sobre la parte luminosa. Yo he pensado que este libro de Consalvi, referido a unos pocos sucesos de esta pequeña porción de la historia que comprenden los últimos 50 años y que la mayor parte de los que estamos aquí hemos vivido, refleja el precio que hemos pagado, unos más otros menos como víctimas de la historia.

Como Diplomático de amplia trayectoria, Consalvi hace énfasis en algunos aspectos de la política internacional en ese lapso.

La Declaración Universal de los Derechos Humanos aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en Diciembre de 1948 en París, le ofrece un tema fecundo para tratar de indagar sobre el precio de la historia. Este documento destinado a tener validez universal fue acogido con entusiasmo por los países miembros de las Naciones Unidas. "Fue la primera vez, apunta Consalvi, que los derechos humanos y las libertades fundamentales del hombre se postulaban de manera inequívoca". Es interesante recordar que el Canciller de Venezuela para ese momento Andrés Eloy Blanco, había sido uno de los más entusiastas defensores de esa Declaración (universal de los derechos humanos) ya que la misma parecía anunciar la esperanza de una nueva era para la humanidad.

Pero el destino es ciego como Edipo. Dos semanas después de la Declaración, un golpe militar contra el presidente Gallegos despojó a su Canciller de sus credenciales y lo convirtió, tal vez, en la primera víctima de todo aquello que anunciaba la famosa Declaración.

No es este el momento para intentar un análisis de los capítulos que componen la obra. Solo me limitaré a algunas consideraciones sobre el contenido del libro.

"Cuando hablamos de los 50 años de la Declaración de los Derechos Humanos no podemos menos de pensar en los avatares del siglo XX. A la guerra

mundial la siguió un breve tiempo de paz. Pero muy pronto, las potencias triunfantes en la guerra definieron sus campos estratégicos y políticos y durante 40 años el mundo no conoció sino las tensiones de la Guerra Fría y de muchas otras guerras, dictaduras y autocracias. Recuerdo esto para decir, simplemente, que la Declaración Universal de los Derechos Humanos atravesó todo ese tiempo más o menos en el olvido. Ya no existe la Guerra Fría, pero no por eso el mundo ha conquistado el respeto a la persona humana.

Este sigue siendo uno de los grandes dilemas internacionales”.

La insistencia del autor en recurrir a la famosa Declaración de París de 1948, demuestra la preocupación por la inmensa masa de depauperados hasta donde no llegan los postulados de la Declaración. “El hecho de que en el mundo exista un 20% de los más pobres marginados, una gran masa de población sin saneamiento básico, sin acceso al agua potable, a los servicios modernos de salud y a la vivienda, sin educación, sin alimentación adecuada, sin transporte, sin información y sin empleo, contradice las ideas básicas que se consagran en la doctrina de los derechos humanos y permite concluir respeto a los límites que desde la perspectiva del consumo y de la distribución, se imponen a una efectiva realización de algunos beneficios del progreso y, por ende, a una cabal realización de los derechos humanos”.

Muchas cosas podrían decirse acerca de los diversos temas que, como veterano explorador del mundo de las ideas, desarrolla el autor del libro que estamos presentando. Pero no quiero que alguno de los aquí presentes recuerde aquel diciembre de 1974, fecha en la que se conmemoraba el Sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho aquí en el Paraninfo. El ilustre orador del día pronunció un discurso que duró más de dos horas. El Presidente de la República que presidía el acto comentó a su vecino “El discurso duró más que la batalla”.